

## Antígona: la Cosa del deseo

JUAN MANUEL URIBE CANO<sup>1</sup>

*A la Antígona que habita en todos  
pero cede en y por la vida  
sabiendo que incluso ella pasará.*

### *Introducción*

Una queja, una herida abierta, un abismo insondable se pone en el horizonte cuando pensamos, reflexionamos y vivimos a los efímeros, a esos que se han dado en llamar los hombres y cuya existencia cobra sentido en sus obras, en sus realizaciones que no tienen otra procedencia que el deseo.

Enigma en su fundación, enigma sostenido en la dirección de los dioses y paradoja en la actualidad vívida del efímero, el deseo hace presencia constantemente en todos los eventos, sucesos e insucesos y en la esfera de los vivos y de los vivientes sin poder anular o mantener soslayado su poder.

Podríamos sostener, entonces, que no es sorprendente afirmar que en la esencia del actuar del efímero, del hombre, se halle el deseo, sus tragedias y sus bienaventuranzas, así como su hado y las formas de la *tyché* y del *automatón* están cruzadas por este inexorable hecho. El deseo es un hecho y sobre este hecho se han construido todas las éticas posibles.

Precisamente de esto se trata: de las éticas que son posibles y que encuentran su modelo en los elementos de una dialéctica que se mueve entre lo divino y lo humanamente pensable, es decir, entre el Otro y sus sujetos. Estos últimos,

---

<sup>1</sup> Psicoanalista. Filósofo. Magíster en Ciencias Sociales: Psicoanálisis, Cultura y Vínculo Social. Doctor en Filosofía. Docente del Departamento de Psicoanálisis de la Universidad de Antioquia (Colombia) y de la Universidad CES. Miembro del Grupo de Investigación “Psicoanálisis, sujeto y sociedad”, Universidad de Antioquia. Miembro de la Asociación de Foros del Campo Lacaniano (Medellín) y de Apertura (Buenos Aires).

necesariamente alienados por estructura a ese Otro, tienen el deber y el derecho. Cosa que parece antitética, pero que no tiene nada de sorprendente cuando se piensa que los deberes y derechos son las caras opuestas (pero complementarias de la misma moneda) que se encargan de producir una serie de preceptos y prácticas que intentan mantener la convivencia y la morada, la habitación que se habita, es decir, el seno de lo viviente, en hipotética armonía, en un equilibrio pasado por la virtud de los efímeros, y haciendo de la justicia el corazón mismo, la virtud por excelencia del alma, de lo que sobrevive y mantiene el ideal del precepto perfecto, en nuestro caso de ese Otro siempre presente y que también desea en su fuero más íntimo.

Digámoslo, entonces: el ámbito ético está desde su inauguración como praxis y teoría ligado al enigma del deseo y con éste a las posibles éticas que las prácticas particulares de los saberes humanamente pensables postulan, es decir, existen tantas éticas y de tan variados cuños que al psicoanálisis se le hace imperioso pensar y determinar qué es su ética, y –de manera particular– la del psicoanálisis lacaniano.

Ahora bien, si el psicoanálisis se define como una praxis, es de suyo y de manera directa un saber que en sí, en su fundamento se dice y responde éticamente. En consecuencia, no es un saber que proponga una ética entre otras; es Ética en sí mismo. Se diría incluso que es la ética fundamental del ínfimo, no por excelencia, sino por esencia.

Lo sorprendente de esta propuesta lacaniana es introducir la tragedia sofoclea, a Antígona, para señalar la juntura entre el deseo y la ética. Intentemos en lo siguiente esclarecer esta apuesta.

### *1. Antígona: su deseo su tragedia*

Existen preguntas que una vez realizadas no pueden ser resueltas por su carácter multívoco y universalizante. ¿Quién es Antígona o qué busca satisfacer en el efímero una tragedia? Son ejemplos de esas preguntas que en el intento por responderlas se cuelan por los vericuetos de las creencias y las subjetividades probas y los enfrentamientos entre posiciones extremas. A nada llevan, a nada atisban que no sea a perpetuar el sueño del dormir y sostenerse en una realidad que dice realizar y satisfacer

los deseos. Promesa que obnubila y enceguece en su brillo, escondiendo tras de sí su función y su estructura. Falso norte que se inmiscuye hasta el fondo de las actividades y acciones más serias de los efímeros, en las ciencias.

Nada extraño que el analista sostenga que las ciencias nada saben del deseo, de ese deseo que es inconsciente. ¿Pero podremos saber algo de éste? Quizá sea por ese saber que Antígona está presente con su singularidad, con su batería significativa y su forma de hablar, de decir su lenguaje, es decir con su inconsciente, en el trabajo sobre la ética que realiza Lacan.

Antígona está despierta, ha despertado y los brillos no le deslumbran, condición necesaria para saber algo del deseo que habita la singularidad de un sujeto. Deseo que no puede entenderse como la producción propia, no puede ser comprendido desde la volición, ni el apetito, ni ensoñación diurna. El deseo del que trata, el deseo del cual *nuestra heroína* soporta, es el deseo del Otro.

Otro que ha estado y estará desde el principio y que en su donación, en su bien, hace deseantes a los efímeros, produciendo aquello que funda el deseo en estos y crea la ilusión de la existencia para los mismos, de su propio y legítimo deseo. De la manera más radical, tanto para el efímero como para Antígona no poseen un deseo que se pueda decir es su deseo.

Ella, como cualquier sujeto, no tiene un deseo que le pertenezca como naciendo desde su potestad. Antígona sólo puede obedecer, realizar el deseo de ese Otro que le comanda y determina sus acciones, sus obras y sus actos.

Sostener, entonces, que no ceder en ese deseo que se propone como su deseo es el *paradigma ético del psicoanálisis*, lo cual exige una revisión profunda, pues puede llevar a un equívoco mayúsculo que desvía la praxis misma del psicoanálisis.

Por principio, todo sujeto está ligado estructuralmente al Otro, de suerte que no podemos pensar sino que la operación de la alienación es estructural y que la separación radical de ese Otro signa la abolición, la desaparición del sujeto; si esto se entiende como tal y se hace condición del final de un análisis, podemos tener certeza que nada hemos aprendido de la propuesta lacaniana.

Consecuentemente, *realizar el deseo* gracias al no ceder en éste no puede ser una separación radical del Otro; sería, al contrario, una juntura sin intervalo, una unión que borraría cualquier posibilidad de lo propio, de realizar algo de ese deseo del Otro.

Insistamos, la separación es en realidad un reacomodarse, un reinstalarse de manera vivible, realizando algo de ese deseo del Otro.

Antígona está alienada, como todos, pero no realiza la separación de ese deseo del Otro en una doble determinación. De un lado, está puesta en el “entre dos” de la ley, una de ellas es la que representa la diosa *Diké*, divina por definición, y la ley como nomotética. Allí, en ese “entre dos”, se desarrolla toda la existencia, todo lo que Es de la tragedia.

Los extremos de ese “entre dos” son encarnaduras del Otro y cumplen con la función del Otro, pero no podrían considerarse en sentido estricto como el Otro, dialéctica que se presenta entre la representación y lo representado, entre lo que se produce sobre la cosa y la cosa misma.

Este estar en el “entre dos” de las dos encarnaduras del Otro exige que el sujeto se las vea con dos formas del propio deseo inconsciente, requiriendo tomar opción por alguna de ellas.

O se está al servicio de la divinidad y se defiende su precepto sobre la preceptiva de la nomotética y se asume lógicamente el castigo que adviene en el desafío de lo humano, en algunos casos, como el de Antígona, la muerte; o se opta por la defensa de lo nomotético sobre lo divino y se acepta vivir en el *pathos* divino de las desgracias en vida, en la tragedia.

Empero, la primera opción no es trágica ni en la acción ni en el acto. Acción y acto llevan directamente a la santidad, y con ello, el agente cumple con la máxima ética de alcanzar el supremo bien detrás del acto monstruoso y a la vez bello de la inmolación, pues, en el fondo es esto, la ganancia de un más allá en donde reconocimiento y felicidad se dan por los divinos.

En la otra vertiente, cuando se defiende la preceptiva de las normas y las leyes de los efímeros sobre la preceptiva divina –que sea como sea siempre tiene un modelo exquisito en lo divino, motivo por lo cual su presencia podrá negarse pero no erradicarse–, se cae en el mundo paradójico, pues, la imperfección de las leyes y normas humanas casi nunca, por decirlo menos, están vibrando en consonancia con la perfección de las divinas, de suerte que cuando la acción y los actos humanos se creen realizar conforme a la verdad divina, se está por fuera de ella *ipso facto*. Convirtiendo al agente de la acción en un criminal ante los ojos de ese Otro divino, resignando el

castigo de lo supremo que quizá no se proponga como una muerte en el plano de la existencia, pero sí en una condena a vivir en medio de las desgracias que estos envían y que hacen de la sentencia ante la pregunta: ¿qué es lo que más conviene al efímero? No haber nacido, pero una vez nacido, morir lo antes posible, verdad trágica.

Este caso que se constata en Creonte, supuestamente en ejercicio de sus facultades y facultado a legislar en derecho cae trágicamente ante el desconocimiento del Otro divino, aunque sea disculpado en la gracia del Otro de la ley ética de los hombres.

Un no saber ronda entonces a la tragedia, que no puede confundirse con una *hamartia*, pues ésta, entendida como yerro trágico, implica un cálculo desde el logos que conociendo lo recto y lo incorrecto, elige lo incorrecto pensando alcanzar el fin último, el objetivo del bien supremo; en cambio, el no saber de la tragedia se impone como algo que escapa a los cálculos del logos y deviene desde el exterior como imperativo al cual no es posible escapar.

Eso es la tragedia, ésa que hace que el deseo del Otro se cumpla por encima de los apetitos, los placeres y la volición del efímero. Es una suerte de *até*, de locura divina que cumple con el deseo del Otro, que es un ir más allá de los cánones éticos establecidos en la comunidad y sociedad de los hombres.

Este no saber, esa *até*, que hace del cumplimiento del deseo del Otro un inexorable, determina a aquél que va más allá de la preceptiva humana, sin saberlo, como un mártir que soporta un *pathos* que fundándole en su ser hace ineficaz e inoperante lo que la creencia y la vida misma le había consagrado como su bien supremo y que ante la cobardía de realizar lo más conveniente, morir, retrocede ante el deseo del Otro, pero vive en su insoportable mandato, forma del “entre” las dos muertes, que hace del vivo un muerto que sin que éste tenga noticia de que aquello que cree más propio, su deseo, es en verdad determinado por ese Otro y sus formas encarnadas.

Este retroceder ante lo que más conviene asegura la vida, la vida dormida en el placer y la ficción del cumplimiento de los bienes éticos que aplazan lo inexorable y dejan al mártir en el lugar de la tragedia.

Ahora bien, podría concluirse que el deseo del Otro no es más que la muerte misma, conclusión que de sostenerse no es más que un paralogismo.

De concluirse así, desdecimos de lo que el propio Lacan nos lega y que exige un trabajo que va más allá de lo evidente, nos exige una forma de *até* que revele el

fundamento lógico de ese deseo del Otro y, con él, la ética que funda la acción y el acto de los efímeros.

Sostengamos a modo de conclusión provisional, que tanto lo que le sucede a Antígona, ir a la santidad, como a Creonte, ser el mártir trágico, son formas de responder a lo que se encuentra ya calculado en las preceptivas nomotéticas. Ambas formas obedecen a determinaciones de las encarnaduras del otro, dejando entrever algo de ese deseo del Otro en lo referente a los efímeros, empero, cabe preguntarse si esas formas obedecen a lo que nuestro analista ha llamado la ética de la praxis analítica.

Ambas formas son consideradas por el término medio, por la comprensión corriente de la muerte como un mal, pago de la *hamartia*, llamada por los latinos *peccatum* y defendida por San Pablo como verdad última, como formas de la tragedia, por lo que podríamos afirmar que el hipotético deseo de Antígona, su deseo que hemos dicho no es más que el del Otro alienante estructuralmente, es el que le lleva a su precipitarse al mundo de los muertos subterráneos, no enunciado en un más allá, sino en un más acá que realiza la santidad en el sacrificio para el Otro.

¿En qué consiste la verdadera tragedia de Antígona, según la versión interpretativa de Lacan, para que ésta sea llamada en su comprensión de la dimensión ética de la práctica psicoanalítica? Intentemos una respuesta.

## *2. Antígona: el enigma de la ética del deseo del Otro*

De entrada se nos presenta el equívoco. Hablar, pensar y teorizar sobre ética se asocia a responsabilidad. Que responsabilidad subjetiva, que responsabilidad del sujeto, que responsabilidad de los seres hablantes, llegando incluso a decirse que el sujeto del inconsciente tiene responsabilidad, con lo cual estamos en el paralogismo más espantoso de todos los posibles de imaginar o sostener en la órbita del saber psicoanalítico lacaniano: confundir el sujeto del inconsciente con el sujeto de la acción y del acto, con los individuos biológicamente andantes, con esos que dicen en su dormir que el yo es señor en su casa y que la casa se determina por la voluntad y el deseo del sí mismo.

Es a estos individuos yoizantes y yoicos que les cabe el orden de la tragedia y la ética que denuncia el psicoanálisis, y que pueden ser imputados de una responsabilidad, pero hablando en sentido estricto, al sujeto del inconsciente, al ser precisamente inconsciente, no le podemos atribuir responsabilidad alguna. Sin embargo, el no poder atribuirle responsabilidad alguna no significa que no esté por fundamento en el orden ético.

El único hablanteser que tiene responsabilidad, en este sentido, es el analista. Él responde. Él debe causar. En fin, es el único que se debe. Así, de existir un sujeto criminal jalonado por la pulsión de muerte y su función perversa, no se trata sino del sujeto biológicamente entendido, es decir, el individuo o el propio analista.

En otro sentido, cuando decimos que la ética del deseo del Otro es un enigma, nos estamos poniendo en el lugar de no encontrar una respuesta definitiva al mismo. Sólo podemos aguardar a la *tyché*. Cosa que no da espera y se da en su propia lógica y temporalidad o intentar aprehender algo de ella desde el trabajo con los conceptos siempre vivos, con los cuales se crea la retícula de un saber sobre los enigmas. Optamos por lo último.

Si la ética, ordinariamente entendida, recae sobre el sujeto como individuo que debe responder por sus acciones y actos, la ética de la praxis psicoanalítica recae sobre un sujeto que no puede responder, pues es profunda y esencialmente inconsciente. Esa ética de la praxis analítica, de una ética inconsciente, desafía a la intuición y a la comprensión canónica sobre qué es la ética; incluso, tal desafío aplica para muchos analistas que dicen trabajar bajo la orientación lacaniana.

Si se acepta y se ha vivenciado la existencia de ese Otro y sus múltiples encarnaduras, también se acepta y constata la existencia del sujeto inconsciente, objeto de la praxis analítica; y aún más, se acepta y constata, por un lado, la alienación de ese sujeto al Otro, en sus múltiples ejecutorias, y por el otro, la imposibilidad de que un sujeto biológicamente determinado, individuo, pueda poseer algo que le sea propio, si éste es un hablanteser.

Bien, aceptados y asumidos estos elementos mínimos, tomemos la pendiente del deseo del Otro, en el sentido más alto y puro que nos sea permitido en este espacio. ¿En qué consiste, cómo se dice ese deseo y se manifiesta en los efímeros? Recurramos de nuevo a nuestra Antígona.

Como hemos señalado en la primera parte, Antígona podría llamarse trágica en el ámbito de los efímeros, pero su avanzar nada tiene de sorprendente, pues la asiste el conocimiento de su final, de su inexorable muerte como colofón de toda existencia. Sosteniendo lo anterior, no es la muerte lo que podríamos llamar el deseo inconsciente. Ella, Antígona, sin saberlo, va a cumplir lo inexorable de ese deseo del Otro que no es la muerte, ni el más allá de la *até* propia de la tragedia en la dirección del mártir.

El deseo del Otro –más allá de la necesidad biológica, de la determinación instintiva y de la demanda– consiste en una potencia, un afuera determinante, que obliga a un más allá de toda determinación de la *até*, de cualquier yerro trágico, *hamartia*. Ese deseo del Otro sin encarnadura funda mundos y funda los posibles, instalando el imposible de la realización y satisfacción absoluta del deseo. Este Otro funda mundos desde su deseo, porque desde su función rompe con las armonías preestablecidas y los reinos del equilibrio.

Ese deseo del Otro que dona los significantes o el significante del inicio, signa su propio deseo y pone su falta, arroja un resto constituido y constituyente, el objeto, objeto que falta y hace presencia en su ausencia para los sujetos del inconsciente.

Es básica y fundamentalmente la *hybris* –el exceso, la excesividad– la que empuja más allá de las transcendencias y de la *até*, y la que está más acá de todo lo subterráneo y demoníaco, más allá de todo mal.

Antígona no solo actúa en procura del más allá, *até*, como señala Lacan, sino que actúa bajo la determinación de la *hybris* que al final cobra sus réditos. El más importante de esos réditos, en este caso, es que la operación de la separación del Otro no se da, no hay una reacomodación, un mejor estar y vivir con él, restando la captura del resto, el objeto, en el seno mismo del Otro, satisfacción y realización del deseo absoluto.

La tragedia de Antígona no es hacerse santa, sino actuar bajo el imperio de ese deseo del Otro, de la *hybris* que nos habita y hace estragos más allá de las defensas y las represiones que las éticas de los efímeros puedan intentar y decretar.

El deseo puro –que caracteriza a la heroína y ante el cual no retrocede– no es otra cosa que el goce mortífero, que no ha tomado nada de ley dada por el significante del nombre-del-padre para lograr la separación de ese mandato imperativo del goce del deseo del Otro.



Finalmente, el goce imperativo del deseo del Otro, su *hybris*, nos lleva a sostener que la ética de la praxis analítica está ligada estructuralmente al *eso habla* y al *eso piensa* desde el Otro, e implica sus ecos en el sujeto del inconsciente. Se sigue, Antígona es la Cosa en donde el deseo del Otro, la *hybris*, goza.

### Bibliografía

- Bauman, Z. (1993) *Ética posmoderna*, México: Siglo XXI, 2006.
- Destéfano, J. R. (1929) *Las ideas las religiosas y morales en el teatro de Sófocles*, La Plata: Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la Plata.
- Klossowski, P. (1963) *Un tan funesto Deseo*, Buenos Aires: Las cuarenta, 2008.
- Lacan, J. (1959-60) *El seminario: Libro 7. La ética del psicoanálisis*, Buenos Aires: Paidós, 2003.
- Sófocles (2009) *Antígona*. Buenos Aires: Biblos.
- Steiner, G. (1984) *Antígonas*. Barcelona: Gedisa, 1987.
- Wallwosk, E. (1994) *El psicoanálisis y la ética*. México: Fondo de Cultura Económica.